

Antonio Ojanguren Areces

## UN HIJO PREDILECTO DE ASTORGA: EL PROFESOR GULLÓN

*Con Gullón, el nombre de Astorga alcanzó el más alto eco internacional. Enseñó en las grandes universidades del mundo. Escribió miles de artículos y decenas de libros de crítica literaria. Era un mago de las palabras; de pie -con su alta y espigada estatura- frente a la pizarra descifraba el texto de más hermética apariencia convirtiéndolo en regalo asequible a la generalidad de los lectores.*

Antonio Pereira

*Me parecía que la tierra no hubiera sido habitable si no hubiese tenido a nadie a quien admirar.*

Simone de Beauvoir

Conocí al profesor don Ricardo Gullón –creo que entonces impartía clases en la Universidad de Austin, Texas- hace ya casi treinta y muchos años en Madrid<sup>1</sup>. Desde entonces, seguí con verdadero deslumbramiento su interesante vida, su variada y seria obra, su enseñanza fecunda; asistí a cuantas conferencias y cursos pude, y advertí, en el silencio de la admiración, cuán sugestivas, entretenidas y edificantes eran las conversaciones a las que tuve ocasión de asistir.

### VIDA Y PERSONALIDAD

Ricardo Gullón Fernández (Astorga, 30 de agosto, 1908 – Madrid, 11 de febrero, 1991) era hijo único de Germán Gullón Núñez (prestigioso abogado astorgano y liberal de ideas) y de Paula Fernández Botas<sup>2</sup>. Vivió su infancia y primera juventud en su ciudad, rodeado de amigos, que, con el tiempo, se significarían en el mundo literario, como los hermanos Panero, Luis Alonso Luengo y Dámaso Cansado<sup>3</sup>. Eran los componentes de lo que Gerardo Diego llamó *Escuela de Astorga*, etiqueta que tuvo fortuna e imprimió carácter al grupo. Empezaron pronto a publicar periódicos (*Saeta*, 1925 y *Humo*, 1928), pinitos veraniegos con cierto atrevimiento irónico y saeteros adredes, que les dio algún disgusto pasajero, embozados con seudónimos: *Clarines*, *Sansón Carrasco* y *Bradomín* (Gullón), *Crítulo*, *Juan de Mena*, *Palmerín*, entre otros<sup>4</sup>. Don Melitón Amores había escrito para la cabecera lo siguiente: “¡¡¡LA SAETA!!!- Órgano monumental /de un don Fulano de tal/ que no tiene una peseta. / Y aunque teclado no tiene / porque mejor le conviene / ser órgano sin teclado /, posible será que suene / más que un órgano afinado. / En cambio tiene trompetas / que en vez de lanzar sonidos / lanzarán

por sus lengüetas / una porción de saetas/ que a muchos dejarán heridos”<sup>5</sup>.

Más tarde redacta en colaboración con Leopoldo Panero y Luis Alonso Luengo la *Guía sentimental de Astorga*. Este mismo año publica en compañía de Luis Alonso Luengo, una parodia sobre un libro de Vicente Blasco Ibáñez, *Los cuatro filetes del Apocalipsis*<sup>6</sup>.

En Madrid se licenció en Derecho (año 1929), que compartía ya con la verdadera y seria afición a las letras. Los años universitarios fueron enormemente intensos, no sólo por los estudios, sino porque su vida literaria acaparaba una buena parte de su tiempo<sup>7</sup>. En 1932 conoció a Juan Ramón Jiménez, con el que entabla una estrecha relación. Ganó las oposiciones a fiscal en 1933, lo que le permitió casarse con Luisa Palacio Pintueles, asturiana nacida en Puerto Rico, y acto seguido salió destinado a Soria. Gullón y su mujer vivieron un poco divididos entre Madrid y Soria, y cuando hacían planes para instalarse definitivamente en la ciudad castellana, estalló la guerra, y a los pocos días, el 21 de julio de 1936, nació su primera hija, Soledad. Al año siguiente lo trasladaron a Alicante. Allí pasó la guerra con su mujer e hija. Al terminar la misma, es encarcelado en el castillo de Santa Bárbara por su colaboración con el ejército republicano. Los avales de Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco le devolvieron la libertad, pero estuvo depurado treinta meses y apartado de su actividad profesional.

En 1941 es destinado, de teniente fiscal, a la Audiencia de Santander, donde, en 1945, cuando nació su tercer hijo Germán, es ya jefe fiscal. Fueron años de una gran actividad desde el punto de vista literario: se dedica a fomentar

el interés por el arte y por la literatura<sup>8</sup>. Desde 1949 alternaría la docencia con sus actividades jurídicas, al ser nombrado profesor de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP).

En 1953 viaja a Puerto Rico (Río Piedras) para ver a Juan Ramón y se queda allí durante dos años, impartiendo clases de Leyes y Humanidades. También dirige la sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez<sup>9</sup>. Se dedicará a partir de ahora a la docencia y a los estudios literarios. La Universidad de Texas en Austin, la capital del estado, le pide a Gullón que edite un tomo dedicado a España para la revista *Texas Quarterly*. Cumple su cometido, y le ofrecen un puesto de profesor de Literatura española en la Universidad de esta ciudad, el cual acepta gustoso. Sin tener el preceptivo doctorado –años después lo conseguiría “honoris causa”–, accedió al profesorado con una capacidad excepcional de explicar varios géneros y diversas literaturas, como la francesa, cuya lírica conocía tan bien, como la española, o la inglesa.

Allí permanecerá quince años con varios periodos como visitante en Stanford, New York, University of California, Los Angeles, hasta que marcha en 1974 a la Universidad de Chicago, institución a la que estuvo unido seis años, para pasar luego a la Universidad de California, Davis, donde ya a sus 80 años siguió impartiendo cursos de doctorado. Los años americanos fueron los más productivos de su vida, y los que han dejado un legado crítico único en la literatura española, pues no sólo reflejan de una persona que conoció íntimamente a la mayoría de los escritores de su tiempo, sino a alguien que domina la teoría literaria.

Durante estos años ingresa en la Sociedad de Amigos de las Artes Nuevas, en la Academia Breve de la Crítica de Arte, en la Hispanic Society of America y en la Modern Language Association. En 1984 la Society of Spanish and Spanish-American Studies edita en Nebraska un volumen de estudios en su honor<sup>10</sup>. En 1986 se jubila. En 1989 recibió el premio “Príncipe de Asturias de las Letras”, y el 21 de diciembre de este año fue elegido académico de la lengua, a propuesta de los académicos Pedro Laín Entralgo, Emilio Alarcos Llorach y Francisco Ayala<sup>11</sup>. Astorga le reconoció esta andadura con el homenaje entrañable y popular, abierto, de aquel 8 de octubre de 1989 (véase *El Faro astorgano* del 30 del 9 de este año). Al poco, fallecía en Madrid el 11 de febrero de 1991. Está enterrado en el camposanto luminoso de esta su ciudad de Astorga, donde él quería. Era un astorgano universal, como bien dice en el periódico local (21-X-89) el profesor-alcalde, Juan José Alonso Perandones.

A su indiscutible talla académica y científica (también escritor ocasional de novelas), a su personalidad humana e intelectual inolvidable, unía el ser persona afable en el trato, de porte elegante, nada engreído, de llaneza natural, hombre de mundo sobre discreto<sup>12</sup>, que nunca díscolo,



ajeno a toda estulticia y pedantería, de amena y lúcida conversación no exenta de gracia mundana y de ironía contenida y meseteña, de astorganía, en fin, en la broma inteligente y oportuna ... Y por encima de todo entrañado con su tierra, entrañable con sus amigos, con sus discípulos, con sus colegas de fiar. Era un caballero y un hombre bueno<sup>13</sup>.

Era además un buen profesor, que daba lo que sabía a sus discípulos a los que luego exigía con justicia y sin personalismos, según lo que les había enseñado con liberalidad y entrega<sup>14</sup>. Siempre tuvo en su norte más auténtico la vocación de enseñar, porque, creo yo, pensaba que toda Academia ha de fundarse en la enseñanza; que lo importante es tener algo que enseñar y que la educación, en definitiva, depende de los saberes del profesorado, ahora que, por el contrario, se afirma en ciertos ámbitos institucionales que el saber en el profesor es irrelevante. Tenía una poderosa capacidad de discipulaje. Era, al parecer irresistible entre los alumnos que tuvieron la suerte de conocerlo y tratarlo personalmente, como sabe muy bien Concha Zardoya, que así lo dice en su artículo “Ricardo en mi recuerdo” (*Rey Lagarto*, nº 9, 1991). Era nada más y nada menos que todo un profesor en el sentido angloamericano del término<sup>15</sup>. Y un buen lector, que bien decía Cervantes que “el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”.

## OBRA Y SIGNIFICACIÓN

El maestro Alfonso Reyes, hace algunos años, se refería a un fenómeno de importancia suma dentro del hispanismo moderno: a lo que llamó paulatina emigración de los príncipes de la filología española hacia América<sup>16</sup>. Este movimiento parece iniciarse en la segunda década del siglo pasado y se intensifica unos veinte años más tarde, debido a la Guerra Civil y sus consecuencias. Baste con señalar que casi todos los discípulos de Menéndez Pidal llegaron a ser profesores en universidades norteamericanas: Américo Castro, Federico de Onís, Amado Alonso, José F. Montesinos, Ángel del Río, entre otros. Ricardo Gullón pertenece a una generación posterior a los profesores mencionados, pero su labor en tierras norteamericanas es de capital importancia para todos los que quieran entender la literatura y la cultura españolas en su aspecto moderno y contemporáneo.

Herederio de una doble tradición, el ensayo impresionista de Azorín y Ortega por una parte y, por otra de la sólida investigación interpretativa de Menéndez Pidal (es decir, de la llamada “Escuela de Madrid”), el profesor Gullón ha logrado lo que muy pocos en España o fuera de España han conseguido: escribir una obra de crítica literaria vastísima en que la calidad se une a la variedad: articulista, ensayista, novelista, colaborador de obras colectivas, libros prologados, traducciones, introducciones ..., una ingente obra, cuyos títulos bastarían para llenar las páginas de este nuevo número de ARGUTORIO<sup>17</sup>. Lo que es más importante: el rigor, en cuyo desarrollo observamos un intento constante de superación. En este sentido, hay que señalar que los últimos libros del profesor astorgano están marcados por la influencia del formalismo ruso (antes por los del *New Critics*), tendencia que tanta importancia ha adquirido en su momento<sup>18</sup>. Con esta preparación teórica logra realizar una lectura cuidadosa del texto, atender las impresiones (de donde siempre hay que partir, pero no quedar gratuitamente en ellas), que ofrece la página impresa y a sistematizarlas en busca de una estructura; y a estudiar la forma, la organización o estructura de las obras, a ver cómo ésta conforma el significado de las mismas.

Todos los que hemos tenido que estudiar, en el campo de la literatura española, la época de los siglos XIX y XX, sabemos que es imposible dar un paso –si queremos ocuparnos, por ejemplo, de Galdós o de Machado y Juan Ramón Jiménez (sus dos autores de cabecera), el Modernismo, Unamuno, Salinas, Gerardo Diego, Alberti, Benet ...: la lista se alargaría sin cesar– sin tropezarnos con uno o más ensayos, uno o más libros del profesor, siempre profundizando y descubriendo aspectos originales de los autores estudiados<sup>19</sup>.

Y no sólo eso: unía a su ingente obra (**cuya labor señala en las notas, que acompañan este trabajo y que considero fundamentales para completar lo que en él se dice**) una sorprendente versatilidad crítica, que iba desde

Pereda a Benet, desde Lorca a García Márquez<sup>20</sup>, pasando por Gil y Carrasco o Benjamín Jarnés, o su espléndido y temprano e increíble trabajo para la época, *Novelistas ingleses contemporáneos: cinco damas y nueve caballeros*, de 1945, ed. Cronos, Zaragoza: el novedoso ensayo se fijaba por primera vez en la crítica literaria española en autores como Henry James, Joseph Conrad (el desarraigado) o Virginia Wolf; o el espléndido libro titulado *La novela lírica* de enorme aceptación académica, que dejó huella doctoral hasta hoy día. Era un gran emprendedor y un auténtico agitador cultural, como lo demostró en Santander por los años cuarenta. Era un gran trabajador: pensaba que la literatura nos puede llevar a todas partes a condición de que empecemos a andar, porque, desde luego, la cultura no se hereda, se conquista como decía André Malraux. Estaba de acuerdo con el profesor Manuel Alvar (ilustre filólogo y colega de Academia, ya muerto también), cuando éste decía que: “Dios da el talento; lo que nosotros ponemos es el trabajo”. Y además lo hacía con gozo, ya que el placer que acompaña al trabajo pone en olvido la fatiga (Horacio dixit). Y es que el hombre que trabaja jamás es desgraciado por completo.

Su devoción juanramoniana le lleva a ser el especialista indiscutible en el poeta de Moguer, lejos de “positivismos estériles ...” y en “visiones sociológicas no poco empobrecedoras del sentido del texto, al que Gullón quiso dar siempre el mejor protagonismo”, como bien dice el catedrático Javier Huerta Calvo en la revista *Leer* de abril del 2008, reproducido en *El Faro Astorgano* del 19-IV-2008.

A mí particularmente me asombran dos o tres descubrimientos en su amplia y rigurosa obra. Uno es la defensa del Modernismo como amplia y unívoca dirección que ciertamente englobaría y superaría a etiquetas tales como la de “Generación del 98” a la que pone en su sitio en la Historia de la Literatura<sup>21</sup>.

Lo más admirable y definitivo posiblemente sean sus estudios sobre Galdós. Su hijo, el catedrático en Ámsterdam, Germán Gullón, nos informa bien del interés (casi obsesivo tema de conversación) y de su pasión por el escritor canario, la cual le surgió leyendo los tomos de los *Episodios Nacionales* propiedad de su padre D. Germán Gullón Núñez, contemporáneo del canario y discípulo y vecino de Leopoldo Alas en Oviedo. Las obras de Galdós nunca dejaron de estar presentes en la cabecera de sus lecturas, en “la casona asturiana donde la familia se reunía en pleno durante los meses estivales”. Era “plato” obligado de noches y conversaciones con que se mataba “el ocio caluroso con un episodio entre las manos”. Él nos enseñó a “galdosear”, según feliz neologismo que señala el regocijo que sentimos los lectores de las novelas de D. Benito<sup>22</sup>.

Y todo con un estilo recio, rápido de adjetivación, preciso en el término, exacto en el vocablo. D. Ricardo escri-



Con Insaluis Aranniren Austin Tavas 1964

bía con inusual soltura y aciertos discursivos personales, originales, que le hacían un crítico vocacional por encima de lo profesoral incluso. Su escritura ágil y brillante demostraba ser propia de un excelente escritor, además de agudo lector de poesía y novela. Su prosa era preclara, magistral y exacta, competente, la cual siempre procuraba y se autoexigía para sus trabajos académicos y divulgativos tal que científicos, serios y clarificadores, valientes sin osadía inventada, asentados en un conocimiento teórico sólido y asimilado. Y lo hacía con ilusión, con pasión, con pulsión y amor a sus escritores preferidos, aupados hasta la perfección investigadora y crítica, en el sentido cierto de saber juzgar sin inmiscuir gratuitamente sus ideas o apriorismos infundados. Brillantez en suma debida a su enorme sensibilidad para la lengua y para la lectura en profundidad y de un indudable rigor unido a la claridad no reñida con la sencillez, fruto del saber pensar (Gullón decía que “Ortega nos enseñó a pensar a los de mi generación”). Y con Unamuno coincidía al creer que “la lengua no es la envoltura del pensamiento, sino el pensamiento mismo”

Si el crítico debe decir la verdad además de conocerla, no conozco ningún crítico literario tan auténtico en su tarea y tan convincente, tan contagioso en su competencia como el caso del ilustre intelectual astorgano, que sabía unir con pasión vida y literatura. Con él se lee no sólo para instruirse, sino para educarse también. Al fin, superando montañas, océanos, espacios de ultramar, vino a arraigarse a su tierra en la que aprendió a leer mirando al Teleno, índigo y enorme, jamás lejano, conversando con la sabiduría y prudencia de su traza, que le animó al camino sobrado de las letras.

PLAUDITE CIVES, aplaudid pues ciudadanos a la personalidad intelectual y humana de este ilustre ciudadano y pedid, a voces, INDISCUTIBLEMENTE, el nombre de una calle para el eterno recuerdo, que, sin lugar a duda, merece en demasía.

Salamanca-Astorga, mayo, 2008.

<sup>1</sup> Fue concretamente en la inolvidable casa de Pepín Díez y Marina Revillo, en la calle Hilarión Eslava, la cual fue siempre el Madrid de todas las Astorgas.

<sup>2</sup> Fue en la antigua calle de La Parra, hoy san José de Mayo, según reza en la placa que, en el homenaje cálido y merecido, le dedicó la ciudad el 8 de octubre de 1989: “...y viví en Astorga mi niñez, mi adolescencia y mi primera juventud, etapa de la vida en que se forma el espíritu, y el mío se formó allí”.

Véase MARTÍNEZ MARTÍNEZ, Martín, “Ricardo Gullón”, artículo publicado en *El Faro astorgano*, 1996; y también GARCÍA, M., “Una placa recuerda desde ayer el lugar de nacimiento de Gullón”, *Diario 16 de León* (9-X-1989).

<sup>3</sup> Los Panero y Ricardo eran primos segundos. Iban juntos al colegio de los Hermanos la Salle. El cierre de este colegio los dispersó, en parte porque los Panero fueron a estudiar a un colegio de San Sebastián, y Gullón, a los catorce años, termina el Bachillerato y será enviado a Francia para aprender el idioma y hacer tiempo hasta que la edad le permitiese entrar en la Universidad. Véase CARRO CELADA, José Antonio, “Sobre Ricardo Gullón”, *El Pensamiento astorgano* (27-XI-1975).

<sup>4</sup> CARRO CELADA, José Antonio, *Historia de la prensa leonesa*, Diputación de León, 1984. Y FIDALGO, Ángel María, *Cien años de periodismo*, conferencia dada en Valdespino de Somoza, el 23 - I - 1999.

<sup>5</sup> Don Melitón Amores González era un cura (después canónigo) extremeño, de Montánchez, que había llegado a la ciudad a la sombra del también extremeño y obispo Antonio Senso Lázaro. Tenía la pluma fácil y el verso armonioso, y pronto encontró un hueco en los ambientes culturales de Astorga. A él acudieron los chicos de la

*Escuela de Astorga* para que escribiera los versos que figuran a la cabecera de *La Saeta* y así explicar el alcance del título de la revista, que quería ser “dardo y canto” al mismo tiempo.

<sup>6</sup> En portada *Guía de Astorga*. En contraportada *Guía artística y sentimental de Astorga*. Imprenta y librería de Porfirio López, 1929. Costaba 1,50 pesetas. En una librería de viejo de León me costó 3000 pesetas en 1986, la cual tengo dedicada por Luis Alonso Luengo.

<sup>7</sup> Entabló contacto con los principales intelectuales de su época; vivió de cerca las Vanguardias; fue invitado, entre otros, por don José Ortega y Gasset a contribuir en la *Revista de Occidente*; fue participante de la fundación de las revistas *Brújula* (1932) y *Boletín último* (1932); fundó un editorial con quien sería a lo largo de su vida uno de sus mayores amigos, Ildefonso Manuel Gil, el poeta y novelista maño. Con él, preparando las oposiciones a fiscal, funda la revista *Literatura* (1933), que alcanzó ventas elevadas con colaboradores de lujo como G. Diego y la Pen Colección, en la que editarían además libros importantes, una novela de Benjamín Jarnés (consejero y amigo de Gullón), titulada *San Alejo*, y su propia novela *Fin de semana*, empezada años antes en Alicante. (véase GIL, Ildefonso Manuel, “Ricardo Gullón y la revista *Literatura*”, *Ínsula*, homenaje a R. G., junio, 1971).

<sup>8</sup> En esta provincia trabajaría en varios libros y en una novela, *El destello -1948-*. Solamente al periódico *Alerta* de Santander contribuyó entre 1945 – 1960 por encima de los ochocientos artículos. Alienta además el nacimiento de la revista *Proel*, que sale por primera vez en 1944 y dirige las actividades literarias del Ateneo de la ciudad. Fue cofundador también de la *Escuela de Altamira*, una asociación de críticos y pintores, la cual “dio un enorme impulso a la vida cultural del Santander de la post-guerra”. Véase CANTALAPIEDRA, Aurelio y BELTÁN DE HEREDIA, Pablo, *Los años santanderinos de Ricardo Gullón (1941 – 1953)* (150 ejemplares numerados), Santander, editorial Bedia, 1981.

<sup>9</sup> AGRAT, Gustavo, “Ricardo Gullón y la sala Zenobia-Juan Ramón de la Universidad de Puerto Rico”, *Ínsula*, nº 295, junio, 1971.

<sup>10</sup> GONZÁLEZ DEL VALLE, Luis y VILLANUEVA, Darío, *Estudios en honor a Ricardo Gullón*, Lincoln, Nebraska, Society of Spanish and Spanish American Studies, 1984.

<sup>11</sup> Ingresa en la R. A. E. con un discurso titulado “Juan Ramón Jiménez: año de gracia 1903”, leído el día 22 de octubre de 1990, en su recepción pública, por el Excmo. Sr. D. Ricardo Gullón Fernández y contestación del Excmo. Sr. D. Francisco Ayala y García Duarte.

<sup>12</sup> APARICIO, Juan Pedro, “El enseñante discreto”, *El País*, 22 – XII – 1980. Y también SOLER SERRANO, Joaquín y CAMPOAMOR GONZÁLEZ, Antonio, *Testimonio de amistad a Ricardo Gullón*, Madrid taller de Artes Gráficas de Fernández Ciudad, 1988.

<sup>13</sup> CREMER, Victoriano, “Un hombre bueno”, *Diario de León*, 12 – II – 1991. Y también COLINAS, Antonio “El temblor de un recuerdo”, *ABC*, 12-II-1991.

<sup>14</sup> No fui, claro está, directamente un alumno suyo, pero sí asistía con verdadera delectación y debelación a las clases que impartía en León, durante el verano, en los cursos organizados por la Universidad de Oviedo (entonces no existía la Universidad de León), cuyo director era el profesor Víctor de la Concha.

<sup>15</sup> Véase MARTÍNEZ PALACIO, Javier, *Ínsula*, nº 295, junio, 1971. Y también GACÍA, Alfonso, “La dedicación de una vida”, en *Filandón*, número especial dedicado a Ricardo Gullón (30- IV- 1989).

<sup>16</sup> *Obras completas, IX*, México, 1959. Y también del mismo autor *La experiencia literaria*, Buenos Aires, Losada, 1942.

<sup>17</sup> Hombre dotado de una gran erudición, su obra es ingente: se compone básicamente de estudios sobre aspectos de la Crítica literaria, que trata de la atención con que un lector cualificado y capacitado juzga a un autor o una obra para desentrañar su sentido o el porqué ese texto o esa obra del autor es capaz de producir emoción poética, literaria y estética; también sobre Historia se la Literatura, que ocurre cuando la escritura deja constancia, a través de la palabra, de lo que ha ocurrido social y culturalmente; y sobre la Teoría de la Literatura, que aporta sistemas de grandes leyes, de grandes constantes en las que la Literatura se fundamenta (Véase VILLANUEVA, Darío, “Ricardo Gullón: crítico literario”; en *La escuela de Astorga*, actas

del congreso celebrado en dicha ciudad el 29–30 de abril de 1993). Y también DELGADO, F. G., “Ricardo Gullón y la crítica”, *El Pensamiento astorgano* (5-VI- 1975). Y del mismo autor “Ricardo Gullón y la novela como objeto autónomo”, *Ínsula*, números 396-397 110 (1997).

<sup>18</sup> La década de los sesenta fueron años de extraordinaria productividad: no sólo publicó varias ediciones universitarias de Galdós y Rubén Darío, sino también, con George Schade, una espléndida *Antología de la literatura española contemporánea*, aún no superada. Había asimilado perfectamente y con meticulosidad a los autores del *New Criticism* unido a su conocimiento del formalismo crítico de Vladimir Propp, y su famosa *Morphology of Folktale* (1958), para luego pasar a los formalistas rusos, que, antes de ser traducidos al francés por Todorov en los años sesenta, ya eran conocidos gracias al famoso libro de Víctor Erlich sobre *Russian Formalism*, y a la presencia física de Román Jakobson en las universidades norteamericanas (eran los años de la guerra del Vietnam), junto a Noan Chomsky, Michael Riffaterre, Paul de Man, sobre todo en la Universidad de Texas, cuyo departamento de Literatura dirigía el profesor Gullón.

Véase: GULLÓN, Germán, “Carácter de la trayectoria crítica de Ricardo Gullón”, en *Anales galdosianos*, año XXVII– XXVIII, 1992 -1993. Y también, del mismo autor, “Presentación. Ricardo Gullón”, *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, nacida el 27-VII-1999, por iniciativa de la Universidad de Alicante, el Grupo Santander y la Fundación Marcelino Botín, actualmente bajo la tutela que preside el escritor M. V. Llosa.

<sup>19</sup> Véase el importante ensayo de BOCKUS APONTE, Bárbara, “La obra crítica de Ricardo Gullón”, Madrid, *Ínsula*, 1975. Y también de la misma autora, “Conversaciones con Ricardo Gullón”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 274 (1973), pp. 23-52. O MERINO José María, “Ricardo Gullón o el crítico creador”, *Crónica de León*, junio, 89.

<sup>20</sup> Véase por ejemplo (y no es lo más importante), “La obra juvenil de García Lorca: sobre Federico García Lorca, heterodoxo y mártir”, de Eutimio Martín, en *Saber Leer*, nº 1, 1987. O “García Márquez o el arte de contar”, Madrid, Taurus, 1973, *Cuadernos Taurus*. O el prólogo a *La Regenta*, Madrid, A. Editorial, 1966. O “Juan Benet en sus ensayos...”, *Saber leer*, nº 44, 1991, pp. 1-2.

<sup>21</sup> Su ensayo (que tengo el honor de tenerlo dedicado personalmente por el profesor) titulado “Direcciones del Modernismo”, Madrid, Gredos, 1963, col. *Campo Abierto*, 12, 242 pp., fue para mí y para muchos desde luego un verdadero deslumbramiento y una nueva y definitiva visión de la literatura española de finales del XIX y principios del XX. Lo mismo “Pitagorismo y Modernismo”, Santander, col. *Clásicos de todos los años*, 1967, 56 pp.

<sup>22</sup> En su despacho de la Universidad de Texas -dice su hijo Germán- “gustaba de intercambiar chismes de lectura y anécdotas de Galdós con sus discípulos o colegas (Douglas Rogers). No importaba el libro que estuviera redactando en el momento, el Unamuno, el Machado o uno de los múltiples juanramones, Galdós estaba siempre presente”. Sus libros, conferencias y contribuciones de todo tipo sobre Galdós constituyen un legado “cuyo efecto se seguirá sintiendo en los años venideros” { ... } “pues todos los que gozamos de la lectura de *Galdós, novelista moderno*” (3ª ed., revisada y aumentada, Madrid, Gredos, 1966; hay una cuarta edición en Gredos y una quinta en Taurus, 1987, de *Técnicas de Galdós* (Madrid, Taurus, 2ª ed. 1980) o simplemente lean la Introducción a *Tristana* publicada por Alianza (1933), “se verán afectados por una actitud singular, una que hoy, a quienes vivimos en esta era de vacío, casi empieza a resultarnos pasada de moda, la de compartir el gusto y la disciplina y aliviar el yo con la comunicación e intercambio con los demás” (véase nota 18).

A este respecto le oí, a don Ricardo, decir en una conversación en Astorga después de una operación a vida o muerte, que se conformaba con que le quedara tiempo y visión para una edición y estudio definitivo de la obra de Galdós. Hasta ahí llegaba su obsesión por el gran novelista español (véase LÁZARO CARRETER, Fernando, “El enfermo indiferente”, *ABC*, 12-II-1991).